

# *Del amor y otros demonios:* relectura de la novela

Ana María Hernández de López, *Mississippi State University*

Parece que los cabellos han de resucitar mucho menos que las otras partes del cuerpo.

(Tomás de Aquino, *De la integridad de los cuerpos resucitados*)

En *Del amor y otros demonios*, reciente novela de García Márquez, se encuentran cantidad de elementos registrados con anticipación en buena parte de su obra anterior. Tanto en ésta como en la mayoría de sus novelas, el colombiano presenta una estructura simple y muy similar. Divide la obra en capítulos sin ningún título, separados únicamente por un corte en la narración. Luego, en la página que sigue, continúa lo que se supone que es el siguiente capítulo. En *Del amor y otros demonios* ha dado un paso más; los cinco capítulos de que se compone llevan al frente un número escrito con todas las letras: Uno, Dos, Tres, Cuatro, Cinco. La narración es lineal y cada capítulo se ocupa con más intensidad de un tema.

Ya el título juega un papel en la narración. El simple decir *Del amor y otros demonios*, considera el amor como uno de ellos, otro demonio más, posiblemente el peor, y esto lo vamos a tener presente en este estudio.

Uno de los principales vivientes de la novela es un perro, un perro rabioso, y es precisamente con él con el que comienza la narración:

Un perro cenizo con un lucero en la frente irrumpió en los vericuetos del mercado el primer domingo de diciembre, revolcó mesas de fritangas, desbarató tenderetes de indios y toldos de lotería, y de paso mordió a cuatro personas que se le atravesaron en el camino. Tres eran esclavos negros. La otra fue Sierva María de Todos los Angeles, hija única del marqués de Casalduero, que había ido con una sirvienta mulata a comprar una ristra de cascabeles para la fiesta de sus doce años.<sup>1</sup>

El perro, o los efectos de su enfermedad, tienen gran significación en la novela. El móvil de la acción novelesca es la mordida de este perro como leit-motif que se repite en la obra cerca de treinta veces a lo largo de los cinco capítulos, como si se tratara de dar más veracidad al hecho a fuerza de reiterarlo. Por otra parte, la novela presenta una gama variada de personajes de todo tipo y condición, que dan al autor la oportunidad de ejercer sus dotes de cuentista desmesurado.

Es interesante señalar que en esta obra destacan los personajes pertenecientes al clero, un obispo, un padre, antiguo fiscal del Santo Oficio en Sevilla, otro cura, un diácono, y todo un convento de religiosas clarisas que, por cierto, no son ejemplares. García Márquez pone en entredicho a la iglesia católica presentando como un paralelo entre sus doctrinas y las prácticas de las religiones africanas.

La protagonista, Sierva María de todos los Ángeles, es una niña de doce años, de quien la voz popular no deja de repetir que ha contraído la rabia tras el mordisco. Es hija de un matrimonio mal avenido, un marqués venido a menos, don Ygnacio de Alfaro y Dueñas, marqués de Casalduero, y de Bernarda Cabrera, una mestiza de las que llamaban de aristocracia de mostrador.

El marqués era un hombre de escasa personalidad y poco carácter; además, dice el narrador que era ‘escuálido’ y de una ‘timidez irredimible’ (p. 20), en otro momento le llama ‘caballero incierto’ (p. 26), ‘soltero inútil’ (p. 52); parece que había nacido ‘con signos ciertos de retraso mental’ (p. 49), y tenía miedo de los criollos y de los caballos; no se había visto ‘un marqués criollo de tan escasas luces’ (p. 71).

Bernarda hacía y deshacía a su antojo, fue la que un día sacó a la niña de casa para que durmiera con los esclavos. De esta manera Sierva María aprendió desde pequeña formas y costumbres tan bajas que no olvidaría después; es decir, la niña fue lanzada de su propia casa por su madre y consecuentemente, careció siempre de la educación de la sociedad colonial blanca. Bernarda sin tener en cuenta que la culpable de todo era ella misma, tuvo un día la desfachatez de recalcar, ‘lo único que esa criatura tiene de blanca es el color’ (p. 63), y no se equivocaba, Sierva María ‘se había entregado en secreto a las ciencias de los esclavos que le hacían masticar emplasto de manajú, y la encerraban desnuda en la bodega de cebollas para desvirtuar el maleficio del perro’ (p. 45).

Todos estos avatares hicieron que la niña empezara a florecer en una encrucijada de fuerzas contrarias; no en vano Dominga de Adviento, una negra esclava que trabajaba en la casa, era quien había criado a la pequeña, de ahí que sus creencias fueran más que nada las creencias de los esclavos africanos que era con quienes Sierva María se rozaba, y con quienes había aprendido a bailar y a cantar en diferentes lenguas de Africa. A veces, se dejaban sentir las distintas religiones de los esclavos mezcladas con el ritual católico, dado que Dominga servía a maravilla de enlace entre aquellos dos mundos, ‘se había hecho católica sin renunciar a su fe yoruba, y practicaba ambas a la vez, sin orden ni concierto. Su alma estaba en sana paz, decía, porque lo que le faltaba en una lo encontraba en la otra’ (pp. 18–19). Dominga, que gobernaba la casa con puño de hierro, tenía también poder para hacer y deshacer con los esclavos a los que trataba sin miramientos. En aquel mundo de opresión en el que se carecía de libertad, Sierva María era libre, ‘sólo ella y sólo allí. De modo que era allí donde se celebraba la fiesta, en su verdadera casa y con su

veradera familia' (p. 19). Dominga de Adviento fue la que ordenó a las esclavas cuando le pintaban a Sierva María la cara 'negro de humo, le colgaban collares de santería sobre el escapulario del bautismo y le cuidaron la cabellera que nunca le cortaron' (p. 20). García Márquez presenta los dos collares, el africano y el bautismal, intentando hacer ver que ambos simbolizan tanto las supersticiones más absurdas, como las creencias sobrenaturales que tantas veces coexistieron en las sociedades coloniales, e incluso va más allá cuando refleja que el católico no pudo sustituir al indígena, dado que, tanto a los indígenas como a los esclavos no les importó perder posesiones terrenas, pero fue muy difícil que dejaran su fe. Para García Márquez todos los ritos y prácticas africanas eran más piadosos y favorables que los métodos y sistemas de la Inquisición, 'porque los negros no pasan de sacrificar gallos a sus dioses, mientras que el santo Oficio se complace descuartizando inocentes en el potro o asándolos vivos en espectáculo público' (p. 98). Evidentemente hay una crítica vejatoria, exacerbante, hacia la jerarquía católica cuando la Inquisición clavó sus garras en la Nueva España.

Abrenuncio de Sa Pereira Cao, personaje destacado, era el médico más notable y disputado de la ciudad, era un médico polémico. Se hizo amigo del marqués y visitaba con frecuencia a la familia. Todos sabían que era un judío portugués expulsado de la península y amparado en Colombia por un gobernador. Éste estaba agradecido porque le había curado en una ocasión difícil usando las aguas depurativas de Turbaco.

La descripción de los personajes está de acuerdo con su aparición en la novela. Ahora es el obispo de la diócesis, don Toribio de Cáceres y Virtudes, un hombre con un 'nimbo mágico de Sumo Pontífice' (p. 72), vivía en el palacio más antiguo de la ciudad pero no ocupaba ni la mitad. Estaba bastante enfermo y vestía con suma pobreza. Pronto se enteró de que a Sierva María le había mordido un perro rabioso, noticia que en poco tiempo se había difundido por todas partes. Con este motivo se habían organizado grandes escándalos entre la gente, que decía que Sierva María estaba rabiosa o endemoniada. El obispo trató de ayudar al marqués en un caso tan serio. Éste, que quería llevar su desgracia en secreto se sorprendió cuando el obispo le dijo sin más: 'Pues mal lo has logrado' hijo, 'es un secreto a gritos que tu pobre niña rueda por los suelos presa de convulsiones obscenas y ladrando en jerga de idólatras. ¿No son síntomas inequívocos de una posesión demoniaca?' (p. 76). Y es que el demonio se vale muchas veces, según García Márquez, de 'la apariencia de una enfermedad inmunda para introducirse en un cuerpo inocente' (p. 76), y después no hay quien lo saque.

El obispo le recomienda que interne a su hijita en el convento de Santa Clara. Al otro día, sin dilación, la pequeña entraba al convento.

Aquí es donde empiezan los demonios a conjurarse en contra de la niña, y donde la Inquisición aparece de nuevo. El convento tenía dependencias de toda clase, escuelas, talleres, jardines, huerto con colmenas, y

al final de todo, lo más lejos posible y dejado de la mano de Dios, había un pabellón solitario, que durante sesenta y ocho años sirvió de cárcel a la Inquisición, y seguía siéndolo para clarisas descarriadas. Fue en la última celda de ese rincón de olvido donde encerraron a Sierva María, a los noventa y tres días de ser mordida por el perro y sin ningún síntoma de la rabia. (p. 87)

La mordedura, qué duda cabe, hizo su huella en la niña que tuvo altibajos con el problema, y es ahí cuando comienza su calvario.

La misma Sierva María muestra su identificación total con los esclavos cuando se inventó el nombre africano de María Mandinga, y más cuando llega al convento y no tolera que las novicias le retiren los collares indígenas del cuello, aceptando, sin embargo, que la despojaran de su anillo, símbolo de lo terreno. La novicia más joven después de sacarle la lengua 'le quitó su anillo sin resistencia, pero cuando la otra trató de arrebatarle los collares se revolvió como una víbora y le dio en la mano un mordisco instantáneo y certero' (p. 88). No obstante, cuando la niña oyó a dos esclavas negras hablar en lengua yoruba, intervino en la conversación emocionada en la misma lengua. En medio del convento volvió entusiasmada a su vida, 'ayudó a degollar un chivo que se resistía a morir. Le sacó los ojos y le cortó las criadillas, que eran las partes que más gustaban' (pp. 88-89). Jugaba al diábolito, cantaba en mandinga, en yoruba y en congo, y se ganó a todos en poco tiempo.

Resulta claro que el trato duro y sin diálogo, proporciona en muchos casos efectos contrarios a los que se trata de conseguir. El caso de Sierva María es paradigmático de muchos otros que sucumbieron bajo las prácticas radicales de los que no conciben la verdad más allá de sus dictámenes. Es el ejemplo de la abadesa de Santa Clara; todo el convento conocía ya a Sierva María menos ella, una mujer de mente cerrada, que no admitía diálogo ni explicaciones, 'se había formado en Burgos a la sombra del Santo Oficio' (p. 89), y por nada del mundo transigía. Lógicamente su ejemplo cundió entre las novicias que empezaron a manifestarse fuera de su sitio. Hasta se mofaban de la niña y la trataban como a quien le faltan los cinco sentidos. Le soltaron la trenza y hablaron de lo que podía medir en la idea de que la niña no oía, pero sin hablar las intimidó con la mirada.

La abadesa era vengativa, y estaba metida en un pleito jurisdiccional que había entre las clarisas y el obispo. Las monjas apoyadas por el gobierno, y el obispo por otras comunidades, dieron principio a una guerra. El obispo ganó y decretó el cese de todo servicio religioso en la ciudad; la población se dividió en dos bandos y el pleito acabó dispersando a las monjas. Dice García Márquez con su tono hiperbólico característico que 'al cabo de un siglo Josefa Miranda seguía cocinándose en sus rencores' (p. 90), que inculcó en sus novicias. Por eso, cuando supo que la niña estaba allí por mandado del obispo no pudo menos de protestar. Prohibió que nadie la mirara siquiera.

Un día, al levantarse de la siesta, oyó que alguien cantaba con maravillosa voz, y al saber que era la niña la histeria se impuso: '¡Santísimo Sacramento! y la echó llamándola "engendro de Satanás"'. Las monjas se pusieron a admirar sus avalorios, y ella se las quitó de encima con un empujón. Cualquier cosa que hiciera para defenderse era atribuido al maleficio de Sierva María que estaba poseída por el demonio. Debía, pues, ser exorcisada.

Un Padre, Cayetano Delaura, fue encargado del cuidado y la salud de Sierva María. Al principio la niña lo rechazó, incluso, le mordió.

La abadesa no conocía a este padre pero se dio cuenta de que protegía al obispo. Cuando llegó al convento por primera vez le llamó la atención el alboroto de los gallos. 'No son sino seis pero cantan como ciento' (p. 108) dijo la abadesa. 'Además un cerdo habló y una cabra parió trillizos.' Y enfatizó con desaire: 'Todo anda así desde que su obispo nos hizo el favor de mandarnos este regalo emponzoñado'. Delaura actuaba con paciencia. Al principio representó la moderación en la iglesia. Estaba abierto a la idea de que muchas de las acciones de Sierva María en el convento no eran signos de posesión demoníaca, sino 'costumbres de los negros que la niña había aprendido como resultado de haber sido abandonada por sus padres y cuidada por los esclavos'. Cayetano quiso equilibrar el nerviosismo histérico que había en el convento, pero cada día se sentía más atraído hacia la jovencita y llegó a obsesionarse. Sierva María estaba bajo la tutela de la iglesia, pero a la vez era una joven atrayente, que se sintió también como imantada por el cura. Delaura, de protector de la vida espiritual de la niña, se convirtió en su apasionado amante. Ya no le contestaba a Sierva María con máximas de los evangelios, sino con versos de Garcilaso.

El autor no presenta en Cayetano la imagen de un santo, sino la de un hombre como cualquier otro, con sus pasiones y sus caídas. Hace ver que los entregados a la vida religiosa tienen también imperfecciones, y de vez en cuando, caen, porque también son pecadores. Éste era el caso de Delaura a quien se acusó de seducir a Sierva María provocando sublevaciones populares y discusiones en la iglesia. De esta forma el demonio de García Márquez criticaba la hipocresía del catolicismo. Hasta se llegó a decir que Delaura era hijo del obispo, dando lugar a una tremenda falta de caridad en el clero.

Todo en el convento estaba cambiando para mal y todo era atribuido también a Sierva María endemoniada. Las actas del convento se llenaron de párrafos con episodios en que se acusó a la jovencita de causar toda clase de fenómenos y disturbios, imaginados por las monjas, y que son parte del realismo mágico del autor. Las pruebas que presentaba el obispo, venidas del convento, 'eran más útiles, dijo Delaura, para conocer la mentalidad de la abadesa que el estado de Sierva María'; siguió diciendo cuando el obispo le enseñó un memorial de quejas y reclamos: 'Si alguien está poseída por todos los demonios es Josefa Miranda [...] Demonios de rencor, de

intolerancia, de imbecilidad. ¡Es detestable!’ (p. 128). García Márquez añadía que ‘el rencor de la iglesia parecía personificado en la abadesa’.

En una visita del virrey al convento, como oyera lo de siempre de Sierva María, la llevó a sus médicos. Estos confirmaron que no tenía ningún síntoma de rabia, y coincidieron con Abrenuncio en que ya no era probable que la contrajera. El virrey se interesó por Delaura que seguía al cuidado de la niña. ‘Contra la solicitud de la abadesa, Sierva María se quedaba en Santa Clara’. Cayetano la prometió que pronto sería libre y feliz por la gracia del Espíritu Santo. Pero unos días después se confesó con el obispo y éste le quitó el trabajo que tenía con él y le mandó a ‘servir de enfermero de leprosos en el hospital del Amor de Dios’ (p. 161). Lo bendijo después y le dijo: ‘¡Que Dios se apiade de ti!’.

Cayetano aceptó con humildad las condiciones infames del hospital, entre otras cosas el que no pudiera salir a la calle sin licencia, hasta que un día que habló con Abrenuncio éste le dijo: ‘Si usted conoce las debilidades de estos reinos, sabrá que las leyes no se cumplen por más de tres días’, y puso la biblioteca a su disposición ‘para que continuara sus estudios mientras le hacían justicia’ (p. 164). Cayetano lo escuchó con interés pero sin ilusión, y a los pocos días Abrenuncio volvió llevándole de regalo las *Cartas Filosóficas* en latín. Delaura no podía entender por qué el médico le complacía tanto, y otro día se lo preguntó: ‘Porque los ateos no acertamos a vivir sin los clérigos’, dijo Abrenuncio. ‘Los pacientes nos encomiendan sus cuerpos, pero no sus almas, y andamos como el diablo, tratando de disputárselas a Dios’ (p. 164).

Un noche, días después, por una inspiración desmesurada Cayetano se salió del hospital con dirección al convento; entró por una entrada secreta que le proporcionó un leproso, antiguo sepulturero del convento. Desde ese día las entradas se repitieron, y Sierva María aceptaba complacida. Un día se atrevió a besarla en los labios, pero una voz interior le hizo ver los peligros que le acechaban y se puso a rezar. Los siguientes días no hablaron más que de los dolores del amor, pero seguían entusiasmados aunque siempre fueron vírgenes.

La monja que cumplía condena y que vivía junto a Sierva María, se escapó una noche. La abadesa ordenó cancelar aquella puerta que puso fin a las entrevistas.

Es un final de novela romántico; un obstáculo se opuso a que los enamorados consumaran su amor. Ninguno supo del otro más, Sierva María no podía ocultar su desdicha, y cuando fueron a darle la sexta sesión de exorcismos, la encontraron, ‘muerta de amor en la cama con los ojos radiantes y la piel de recién nacida’ (p. 198).

Pienso que *Del amor y otros demonios*, es una novela de dificultades, de fracasos. Sería largo enumerar los amores frustrados que presenta el novelista. Varias de las voces narrativas convergen, y se dejan oír directamente o se filtran a través de la del narrador que sabe muy bien cómo dar coherencia al relato.

Si relacionáramos esta novela con otras de García Márquez encontraríamos que su estrategia narrativa y su estilo característico coinciden en cantidad de detalles como dos piezas sobrepuestas de idéntica figura. Fijándonos en las hipérbolas, por ejemplo, tan del gusto del colombiano, veremos que en esta obra no se queda corto. En la contraportada presenta una que merece referirse antes de terminar este estudio:

En la tercera hornacina del altar mayor, del lado del Evangelio, allí estaba la noticia. La lápida saltó en pedazos al primer golpe de la piocha, y una cabellera viva de un color de cobre intenso se derramó fuera de la cripta. El maestro de obra quiso sacarla completa con la ayuda de sus obreros, y cuanto más tiraban de ella más larga y abundante parecía, hasta que salieron las últimas hebras todavía prendidas a un cráneo de niña. En la hornacina no quedó nada más que unos huesecillos menudos y dispersos, y en la lápida de cantería carcomida por el salitre sólo era legible un nombre sin apellidos: Sierva María de todos los Ángeles. Extendida en el suelo, la cabellera espléndida medía veintidós metros con once centímetros.

(Gabriel García Márquez, *Cartagena de Indias*, 1994)

## NOTAS

- <sup>1</sup> Gabriel García Márquez, *Del amor y otros demonios* (Bogotá: Editorial Norma, 1994). Todas las páginas citadas en el texto pertenecen a esta edición.